Nunca fue uno de los nuestros No era solo porque había dejado de fumar y apenas bebía que Edmund Quasthoff parecía distinto, un poco como un santito y, por consiguiente, resultaba algo desagradable. Había otra cosa. Pero ¿qué? De eso hablaban en el apartamento de Lucienne Gauss, en el East Side a la altura de la calle Ochenta, un día a las siete de la tarde, la hora de los aperitivos. Julian Markus, el abogado, estaba allí con su esposa, Frieda, como también Peter Tomlin, un periodista de veintiocho años, que era el más joven del grupo. El grupo contaba con siete u ocho personas que conocían bien a Edmund, lo que en la mayoría de los casos quería decir desde hacía unos ocho años. También estaban presentes el sociólogo Tom Strathmore, el editor Charles Forbes y su mujer, y Anita Ketchum, bibliotecaria del New York Art Museum. Se reunían más a menudo en el apartamento de Lucienne que en ningún otro, porque a Lucienne le gustaba recibirlos y, siendo una pintora que trabajaba por cuenta propia, tenía horarios flexibles. Lucienne tenía treinta y tres años, no estaba casada y era muy atractiva, de sedoso cabello rojizo, piel blanca y suave, y una boca delicada e inteligente. Le gustaba la ropa cara, iba a menudo a la peluquería y tenía estilo. El resto del grupo la llamaba, a sus espaldas, la dama, cuidándose mucho de no usar la palabra ni siquiera entre ellos (Tom el sociólogo la había usado), porque era una palabra anticuada o quizás esnob. Edmund Quasthoff, contable en un bufete de abogados, se había divorciado hacía un año, porque su mujer lo había dejado por otro y, en consecuencia, él le había pedido el divorcio. Edmund tenía cuarenta años, era alto, de cabello castaño y modales serenos, ni apuesto ni feo, pero tampoco dueño de esa chispa que a veces convierte a una persona bastante fea en atractiva. Lucienne y el grupo habían dicho después del divorcio: —No es para sorprenderse. Edmund es bastante aburrido. Aquella tarde en casa de Lucienne, alguien dijo de repente: —Antes Edmund no era tan aburrido, ¿no? —Me temo que sí. ¡Sí! —gritó Lucienne desde la cocina, porque en ese momento había abierto el grifo para liberar los cubitos de una cubitera de metal. Había oído una risa. Lucienne regresó al salón con el cubo de hielo. Edmund estaba a punto de llegar. Lucienne se dio cuenta de que quería excluir a Edmund del círculo, de que no lo soportaba. —Sí, ¿qué le pica a Edmund? — preguntó Charles Forbes sonriéndole con picardía a Lucienne. Charles era regordete, la delantera de la camisa le tiraba en los botones, se le veía una franja de piel entre los calcetines y el pantalón cuando estaba sentado, pero todos lo querían mucho por su amabilidad, su inteligencia y su capacidad de beber como un cosaco sin que se le notara—. Quizás le tenemos envidia porque él dejó de fumar —dijo Charles, mientras apagaba su cigarrillo y sacaba otro. —Yo confieso que le tengo envidia —dijo Peter Tomlin con una amplia sonrisa—. Sé que tendría que dejar de fumar, pero no hay manera. Lo he intentado dos veces. De un año a esta parte. Los pormenores del esfuerzo de Peter no le interesaron a nadie. Pronto Edmund llegaría con su nueva mujer, y todos hablaban mientras podían. —¡A lo mejor el problema es su mujer! —susurró Anita Ketchum con entusiasmo, previendo que los demás se reirían y harían más comentarios. Tal como hicieron. —¡Mucho peor que la primera! — admitió Charles. —Claro, ¡Lillian, al lado

de ella, era un encanto! Estoy de acuerdo —dijo Lucienne, que seguía de pie y le pasaba a Peter la botella de Vat 69 para que se sirviera él mismo a gusto—. Es cierto que Margaret no ayuda. Que… — Lucienne estuvo a punto de decir algo muy cruel sobre la expresión miedosa y al mismo tiempo distante que aparecía a veces en el rostro de Margaret. —Ah, eso de casarse por despecho —dijo Tom Strathmore, con aire reflexivo. —No cabe duda de que fue así —dijo Frieda Markus—. Quizás tengamos que perdonárselo. ¿Sabíais que los hombres, según dicen, sufren más que las mujeres cuando los abandona su cónyuge? El ego, dicen, se les resiente mucho más. —El mío se resentiría con Magda, en realidad —dijo Tom. Anita soltó una risa. —¡Y qué nombre, Magda! Me hace pensar en un modelo de lámpara o algo así. Sonó el timbre. —Debe de ser Edmund —Lucienne fue a apretar el botón del portero electrónico. Había invitado a Edmund y Magda a cenar, pero como iban al teatro no podían quedarse. Solo tres personas lo harían: los Markus y Peter Tomlin. —Tiene un trabajo nuevo, no os olvidéis —decía Peter cuando Lucienne regresó a la sala—. Nadie lo obliga a ser tan callado o, para ser exactos, reservado. Pero no es eso… Como los demás, Peter buscó la palabra, la frase adecuada para describir lo poco agradable que era Edmund Quasthoff. —Es un estirado —dijo Anita Ketchum con un mohín de fastidio. A continuación se hizo silencio por unos segundos. El timbre del apartamento iba a sonar en cualquier momento. —¿Creéis que es feliz? —preguntó Charles en un susurro. Lo cual fue suficiente para que todos se echaran a reír al mismo tiempo. La idea de que ahora Edmund irradiara felicidad, incluso dos meses después de haberse casado, era risible. —Pero, por otra parte, puede que nunca haya sido feliz —dijo Lucienne, justo cuando sonó el timbre, y debió ir a abrir la puerta. —Lucienne, querida, espero no haber llegado tarde —dijo Edmund al entrar, inclinándose para besarla en la mejilla y sin llegar a tocarla por varios centímetros. —No, para nada. A mí me sobra el tiempo, pero a vosotros no. ¿Y cómo estás, Magda? —preguntó Lucienne con deliberado entusiasmo, como si de verdad le importara cómo estaba Magda. —Muy bien, gracias, ¿y tú? — Magda de nuevo iba de marrón, con un vestido beis y marrón oscuro de algodón y una bufanda de satén marrón al cuello. Los dos se veían marrones y aburridos, pensó Lucienne mientras los guiaba hacia la sala. Hubo saludos cálidos y simpáticos. —No, agua tónica sola, por favor… Bueno, una gotita de ginebra —le dijo Edmund a Charles, que hacía los honores—. Rodaja de limón, sí, gracias. Edmund, como siempre, daba la impresión de estar sentado al borde del sillón. Anita, diligentemente, le daba conversación a Magda en el sofá. —¿Y cómo te va en el nuevo trabajo, Edmund? —preguntó Lucienne. Edmund había trabajado en el departamento de contabilidad de las Naciones Unidas varios años, pero en el nuevo puesto le pagaban mejor y se sentía menos encerrado, dado que había comidas de negocios casi a diario, según tenía entendido Lucienne. —Y… —empezó Edmund—, os digo una cosa, es otra gente —trató de sonreír. Las sonrisas de Edmund parecían esfuerzos—. Esas comidas con tanto alcohol… —Edmund movió la cabeza—. Creo que hasta les molesta que yo no fume. Quieren que uno sea como ellos, ¿sabéis? —¿Quiénes son «ellos»? —preguntó Charles Forbes. —Clientes de la agencia y muchas veces sus contables —contestó Edmund —. Prefieren hablar de negocios durante la comida que hacerlo en mi oficina. Es curioso —Edmund se pasó el índice por la aleta de su nariz aguileña—. Tengo que beber una o dos copas con ellos (el restaurante al que voy sabe preparárlas suaves), porque si no, los clientes pueden pensar que soy

el Infernal Departamento de Hacienda en persona, que privilegia la honestidad sobre la conveniencia o algo por el estilo —la cara de Edmund volvió a torcerse en una sonrisa que no duró mucho. «Qué pena», pensó Lucienne y por poco lo dijo. Raro pensar en esa palabra, porque no sentía pena por Edmund. Lucienne cruzó miradas con Charles y después con Tom Strathmore, que esbozó una sonrisita irónica. —Además me llaman a cualquier hora de la noche. En California no se dan cuenta de la diferencia horaria… —Deja el teléfono descolgado por la noche —terció Ellen, la mujer de Charles. —Ah, no puedo darme el lujo — contestó Edmund—. Estos clientes y sus preocupaciones son como vacas sagradas. A veces me hacen preguntas que podrían resolverse con una calculadora. Pero Babock y Holt, como empresa, les debe cierta cortesía, así que duermo poco… No, gracias, Peter —dijo cuando Peter intentó servirle más alcohol. Edmund también alejó un cenicero casi lleno cuyo olor parecía molestarle. Normalmente Lucienne habría retirado el cenicero, pero ahora no lo hizo. ¿Y Magda? Cuando Lucienne la miró, Magda echaba un vistazo a su reloj mientras hablaba con Charles, que estaba a su izquierda. Veintisiete años tenía, sin duda era envidiablemente joven, pero ¡qué sosa! Mal cutis. No era sorprendente que no se hubiera casado antes. Seguía trabajando, había dicho Edmund; hacía algo relacionado con ordenadores. Tejía bien, sus padres eran mormones, aunque Magda no lo era. ¿No?, se preguntaba Lucienne. Un momento después, tras rechazar los ofrecimientos incluso de zumo de naranja o de tomate, Magda le dijo suavemente a su marido: —Amor… —y dio unos golpecitos sobre su reloj pulsera. Edmund dejó su vaso sobre la mesita al instante, y sus anticuados zapatos de vestir marrones se levantaron del suelo un poco antes de que él se incorporara. Edmund ya tenía cara de cansado, aunque apenas eran las ocho. —Ah, sí, el teatro. Gracias, Lucienne. Un placer, como siempre. —¡Pero tan poco tiempo! —dijo Lucienne. Después de que Edmund y Magda se fueran, hubo un «uf» generalizado y algunas risotadas contenidas, que sonaban no tan indulgentes como ácidamente divertidas. —No me gustaría nada estar casado con alguien así —dijo Peter Tomlin, que no estaba casado—. Honestamente — agregó. Peter conocía a Edmund desde que él, Peter, tenía veintidós años; los había presentado Charles Forbes, en cuya editorial Peter se había presentado a un puesto sin éxito. A Charles, que era un poco mayor, Peter le había caído bien, y lo había presentado a algunos de sus amigos, entre ellos Lucienne y Edmund. Peter recordó que Edmund Quasthoff le había causado una primera impresión favorable —la de un hombre serio y honrado—, pero las virtudes que Peter había visto en Edmund entonces se habían desvanecido con el tiempo, como si aquella primera impresión hubiera sido un error por parte de Peter. Edmund, por alguna razón, no había estado a la altura de la vida. Había en él algo forzado, y Magda parecía ser lo forzado en persona. ¿O era que a Edmund en realidad no le caían bien ellos? —Quizás se merece a Magda —dijo Anita, y los otros se rieron. —Quizás nosotros tampoco le caemos bien —dijo Peter. —Pero sí —dijo Lucienne—. ¿Te acuerdas, Charles, de lo contento que se puso cuando… cuando lo aceptamos… la primera vez que los invité a él y a Lillian a cenar aquí en casa? Una de mis cenas de cumpleaños, si mal no recuerdo. Edmund y Lillian no paraban de sonreír porque se los había admitido en nuestro círculo de elegidos —la risa de Lucienne despreciaba al círculo y también a Edmund. —Sí, Edmund hizo el intento —dijo Charles. —Hasta la ropa que se pone es aburrida —dijo Anita. —Cierto. ¿No podría alguno de vosotros deslizar una indirecta? Tú, por

ejemplo, Julian —Lucienne echó un vistazo al impecable traje de algodón de Julian—. Siempre vas tan elegante… —¿Yo? —Julian se acomodó la chaqueta sobre los hombros—. Sinceramente, creo que los hombres prestan más atención a lo que dicen las mujeres. ¿Por qué habría de decirle algo yo? —Magda me contó que Edmund quiere comprarse un coche —dijo Ellen. —¿Sabe conducir? —preguntó Peter. —¿Me permites, Lucienne? —Tom Strathmore se inclinó hacia la botella de whisky que había sobre una bandeja—. Quizás lo que le hace falta a Edmund es una buena borrachera una noche de estas. A lo mejor Magda hasta va y lo deja. —Acabamos de invitar a los Quasthoff a cenar en casa el viernes por la noche —anunció Charles—. Quizás Edmund llegue a emborracharse. ¿Quién más quiere venir? ¿Lucienne? Previendo aburrirse, Lucienne dudó. Pero quizás no se aburriría. —¿Por qué no? Gracias, Charles. Y Ellen. Peter Tomlin no podía, porque tenía que entregar un encargo el viernes por la noche. Anita dijo que le encantaría ir. Tom Strathmore estaba libre, pero no así los Markus, porque era el cumpleaños de la madre de Julian. Fue una velada memorable en la amplia cocina-comedor de los Forbes. Magda no había estado nunca en el ático. Contempló educadamente la colección de dibujos enmarcados de artistas contemporáneos, pero pareció darle miedo hacer comentarios. Magda se portó mejor que nunca, mientras los demás, como por acuerdo tácito, estuvieron inusualmente distendidos y contentos. En parte, se dio cuenta Lucienne, lo hacían para dejar a Magda fuera del jovial círculo de amigos y burlarse de su exagerado decoro, aunque de hecho todos se esforzaban por que Edmund y Magda se divirtieran. Una de las formas de hacerlo, observó Lucienne, era la de Charles, que servía ginebra en el vaso de tónica de Edmund con mano muy generosa. A la mesa, Ellen hizo lo propio con el vino. Era un vino muy bueno, un margaux añejo que iba muy bien con los trozos de carne que todos sumergían en el aceite caliente de una olla ubicada en el centro de la mesa redonda. Había pan caliente con mantequilla y ajo, y servilletas de papel en las que limpiarse los dedos grasientos. —Vamos, mañana no tienes que trabajar —dijo Tom con afabilidad, volviendo a llenar el vaso de vino de Edmund. —No, sí, mañana trabajo —contestó Edmund, con una sonrisa—. Siempre lo hago. Los sábados hay que hacerlo. Magda miraba fijamente a Edmund, aunque él no lo notara, porque sus ojos no se dirigían hacia ese lado. Después de cenar, pasaron al largo salón que daba a la terraza. Con el café se sirvió Drambuie, Bénédictine o brandy a elección. A Edmund le gustaba lo dulce, como bien sabía Lucienne, y ella notó que a Charles no le costó persuadirlo de que aceptara un traguito de Drambuie. Después jugaron a los dardos. —Los dardos es el mayor ejercicio físico que me permito —dijo Charles, preparándose. Su primer tiro dio justo en el centro. Los demás fueron turnándose; Ellen anotaba la puntuación. Edmund se preparó con torpeza, haciéndose el gracioso, como todos sabían, aunque tratando de apuntar bien. Edmund tenía cualquier cosa menos agilidad y coordinación. Su primer tiro dio en la pared a un metro del blanco, y, como la golpeó de lado, el dardo no se clavó sino que cayó al suelo. Lo mismo hizo Edmund, tras girar por algún motivo sobre el pie izquierdo y perder el equilibrio. Gritos de «¡bravo!» y risas alegres. Peter alargó una mano y levantó a Edmund. —¿Te has hecho daño? Edmund pareció muy sorprendido y no sonrió al ponerse en pie. Se arregló el traje. —No creo que… La verdad me siento como… —sus ojos miraron alrededor, como desenfocados, mientras los demás esperaban, escuchando—. Tengo la sensación de que no se me aprecia en esta casa… así que… —¡Ay,

Edmund! —dijo Lucienne. —¿De qué hablas, Edmund? — preguntó Ellen. Le pusieron a Edmund otro Drambuie en la mano, pese a que Magda trató de impedirlo. Edmund se calmó, pero no mucho. La partida de dardos continuó. Edmund estaba lo suficientemente sobrio para darse cuenta de que haría el ridículo yéndose enfadado en ese momento, pero lo suficientemente ebrio como para revelar la corazonada, por muy vaga que fuera, de que la gente que estaba a su alrededor ya no eran verdaderos amigos suyos, que en realidad él no les caía bien. Magda lo convenció de que tomara más café. Los Quasthoff se fueron unos quince minutos después. Sobrevino una inmediata sensación de alivio. —Ella es la muerte, seamos sinceros —dijo Anita, y arrojó un dardo. —Bueno, lo emborrachamos —dijo Tom Strathmore—. O sea que es posible. De alguna manera todos habían probado el sabor de la victoria al ver a Edmund despatarrado en el suelo. Esa noche, Lucienne, que había bebido más que de costumbre —dos coñacs después de la cena—, llamó a Edmund a las cuatro de la mañana para preguntarle cómo se encontraba. Sabía también que lo llamaba para estropearle el sueño. El teléfono sonó cinco veces y Edmund respondió con voz soñolienta; Lucienne descubrió que no podía decir nada. —¿Hola? ¿Hola? Habla Qu... Quasthoff. Cuando Lucienne se despertó a la mañana siguiente, el mundo se veía un poco diferente, más nítido y excitante. No se trataba de la leve sensación de nervios que hubiera podido causarle la resaca. De hecho, se sintió muy bien después de su desayuno habitual de zumo de naranja, té inglés y tostadas, y pintó a gusto durante dos horas. Se dio cuenta de que tenía la mente ocupada detestando a Edmund Quasthoff. Ridículo, pero así era. ¿Cuántos de sus amigos se sentían de la misma manera ese día? El teléfono sonó justo después de mediodía, y era Anita Ketchum. —Espero no interrumpirte en medio de una pincelada maestra. —No, no. ¿Qué pasa? —Bueno, Ellen me llamó esta mañana para decirme que se canceló la fiesta de cumpleaños de Edmund. —Ni sabía que había una fiesta. Anita se lo contó. La noche anterior, Magda había invitado a Charles y Ellen a una cena para festejar el cumpleaños de Edmund dentro de nueve días, y había dicho que, como servirían un bufet con los invitados de pie, invitaría a «todo el mundo», incluidos algunos amigos de ella que aún no todos conocían. Pero resultaba que a la mañana siguiente, sin mediar una explicación del tipo de que Edmund o ella estaban enfermos de algo grave, Magda había dicho que había «reconsiderado» lo de la fiesta, que lo sentía. —A lo mejor le da miedo que Edmund se emborrache de nuevo —dijo Lucienne, pero sabía que eso era solo parte de la respuesta. —Estoy segura de que piensa que ni ella ni Edmund nos caen bien, lo que por desgracia es cierto. —¿Qué vamos a hacer? —dijo Lucienne, fingiendo desilusión. —Somos unos parias sociales, ¿no? Ja, ja. Ahora me tengo que ir, Lucienne, que hay alguien esperando. El pequeño revés de la fiesta cancelada le pareció a la vez hostil y tonto a Lucienne; el resto del grupo se enteró en unas veinticuatro horas, aunque no todos habían llegado a recibir la invitación. —Nosotros también podemos invitar y desinvitar —le dijo riendo Julian Markus por teléfono a Lucienne—. Qué chiquillada; ni siquiera dieron la excusa de un viaje de negocios o algo así. —No hay excusa, no. En fin, ya pensaré en algo divertido, Julian de mi corazón. —¿A qué te refieres? —Una pequeña revancha. ¿No crees que se la merecen? —Claro, querida mía. La primera idea de Lucienne fue sencilla. Ella y Tom Strathmore invitarían a Edmund a comer el día de su cumpleaños, y lo emborracharían de tal manera que no estaría en condiciones de regresar a su oficina esa misma

tarde. Tom se mostró entusiasta. Y Edmund sonó agradecido cuando Lucienne lo llamó para invitarlo, sin mencionar el nombre de Magda. Lucienne reservó mesa en un restaurante francés bastante caro cerca de la calle 60 en el East Side. Ella, Tom y tres martinis ya estaban esperando cuando Edmund llegó, sonriendo tímidamente, pero a todas luces contento de ver a sus viejos amigos de nuevo en torno a una pequeña mesa. Conversaron afablemente. Lucienne se las arregló para pronunciar algunos elogios con respecto a Magda. —Tiene cierta dignidad —dijo Lucienne. —Ojalá no fuera tan tímida — replicó Edmund al instante—. Yo trato de que se suelte. Otra ronda de copas. Lucienne pospuso el momento de pedir al ir a hacer una llamada telefónica, mientras que Tom pidió una tercera ronda para pasar el tiempo hasta que Lucienne volviera. Después pidieron la comida, con vino blanco seguido de tinto. Con la primera copa de blanco, Tom y Lucienne le cantaron bajito el «Feliz cumpleaños» a Edmund mientras levantaban los vasos. Lucienne había llamado a Anita, que trabajaba a solo tres manzanas, y Anita se les unió cuando la comida estaba terminando, justo después de las tres, y le pidieron un Drambuie a Edmund, aunque Lucienne y Tom se abstuvieron. Edmund murmuraba algo sobre un compromiso a las tres en punto, al que quizás le conviniera no ir, porque en realidad no era un compromiso de los más importantes. Anita y los demás le dijeron que sin duda se lo perdonarían en su cumpleaños. —Tengo solo media hora —dijo Anita cuando salieron juntos del restaurante, donde Anita no había bebido nada—. Pero tenía ganas de verte en tu día, mi querido Edmund. Te invito a beber una copa o una cerveza. Insisto. Los otros besaron a Edmund en la mejilla y partieron, y Anita cruzó la calle con Edmund hacia el bar de la esquina, cuya exuberante decoración intentaba emular a la de un antiguo pub irlandés. Edmund cayó sobre su silla, tras resbalarse en el serrín del suelo. Costaba creer que le servirían algo, pensó Anita, pero ella estaba sobria, y les sirvieron. Desde el bar, Anita llamó a Peter Tomlin y le explicó la situación, que a Peter le causó gracia, y Peter prometió aparecer y tomar el relevo. Llegó Peter. Edmund bebió una segunda cerveza e insistió en tomar café, que fue pedido, pero la combinación pareció descomponerlo. Anita se había ido hacía unos minutos. Peter esperó con paciencia, hablando de cualquier tontería con Edmund, preguntándose si Edmund vomitaría o se desplomaría al pie de la mesa. —Mag invitó a gente a las seis — farfulló Edmund—. Tengo que estar en casa… antes… que si no —intentó en vano enfocar el reloj con la mirada. —¿La llamas Mag? Termínate la cerveza, compañero —Peter levantó su primer vaso de cerveza, que estaba casi vacío—. Hasta el fondo y ¡que cumplas muchos más! Vaciaron sus vasos. Peter dejó a Edmund en la puerta de su apartamento a las 18:25 y se marchó. Por el murmullo de las voces que se oían detrás de la puerta, Peter se había dado cuenta de que, en casa de Magda y Edmund, los invitados estaban en pleno aperitivo. Edmund había dicho que «su jefe» estaría presente, así como un par de clientes importantes. Peter se sonrió en el ascensor. Regresó a su casa, le pasó un informe completo a Lucienne, se preparó café instantáneo y volvió a sentarse frente a la máquina de escribir. ¿Cómico? ¡Claro! ¡Pobre Edmund! Pero era Magda quien más divertía a Peter. Magda era la estirada, el verdadero blanco, pensó Peter. Peter cambiaría de opinión en menos de una semana. Vio con sorpresa y cada vez mayor inquietud que la ofensiva, liderada por Lucienne y Anita, se concentraba en Edmund. Diez días después de la borrachera, Peter pasó un día por el apartamento de los Markus — solo para devolver un par de libros que le habían

prestado— y los encontró a los dos saboreando la última desgracia de Edmund. Edmund había perdido su empleo en Babcock y Holt y ahora estaba en el hospital Payne-White haciéndose una cura de desintoxicación. —¿Cómo? —dijo Peter—. ¡No sabía nada! —Nos enteramos hoy —dijo Frieda — Me llamó Lucienne. Dijo que quiso contactar con Edmund en su oficina hoy por la mañana, y le dijeron que estaba de permiso, pero ella insistió en saber dónde estaba con el pretexto de que se trataba de una emergencia familiar, y ya sabes lo buena que es para ese tipo de cosas. Así que le dijeron que Edmund estaba en el Payne-White, y ella llamó y habló con él en persona. Para colmo, según contó él mismo, Edmund había tenido un accidente con su coche, aunque por suerte no había resultado herido ni había herido a nadie. —Santo Dios —dijo Peter. —Siempre tuvo debilidad por la botella —dijo Julian— y por desgracia muy poca tolerancia al alcohol. Tuvo que dejar de beber por completo hace cinco o seis años, ¿no, Frieda? Quizás tú no lo conocías en aquella época, Peter. En fin, se mantuvo sobrio, pero no duró mucho. Las cosas empeoraron cuando Lillian lo abandonó. Pero ahora, este trabajo… Frieda Markus dejó escapar una risita. —¡Este trabajo! Lucienne no ayudó y lo sabes bien. Invitó a Edmund un par de veces a su casa y le soltó la lengua con alcohol. Lo hizo hablar de sus problemas con Magda. Problemas. Peter sintió una punzada de antipatía hacia Edmund por haber hablado de sus «problemas» tras solo unos tres meses de matrimonio. ¿No tenía problemas todo el mundo? ¿Había que aburrir a los amigos con ellos? —Quizás se lo merecía —murmuró Peter. —En un sentido, sí —dijo Julian con autoridad y sacó un cigarrillo. La agresividad de Julian daba a entender que la campaña anti Edmund aún no había terminado—. Es débil —agregó. Peter le agradeció a Julian el préstamo de los dos libros y se marchó. Una vez más tenía trabajo que hacer por la noche, así que no podía quedarse a tomar una copa. Ya en casa, Peter dudó entre llamar a Lucienne o a Anita; se decidió por Lucienne, pero como no contestaba probó con Anita. Anita estaba en casa, con Lucienne. Las dos hablaron con Peter, y a ambas se las oía alegres. Peter le preguntó a Lucienne por Edmund. —Se habrá recuperado en una semana más o algo así, me dijo. Pero no será el mismo de antes, no creo, cuando salga. —¿Por qué? —Bueno, perdió su trabajo y todo este asunto no le hará fácil conseguir otro. Puede que haya perdido también a Magda, porque Edmund me dijo que ella lo iba a dejar si no se iban de Nueva York. —Así que a lo mejor se mudan — dijo Peter—. ¿Te dijo si la pérdida del trabajo era definitiva? —Sí, sí. En la oficina se habló de un permiso, pero Edmund sabe que no van a readmitirlo —Lucienne soltó una risa breve y estridente—. Les convendría irse de Nueva York. Magda nos odia. Y, sinceramente, Edmund nunca fue uno de nosotros, así que se entiende. ¿Se entendía?, se preguntó Peter mientras se abocaba a su propio trabajo. Había algo malicioso en todo aquello, y él se había comportado maliciosamente al servirle cerveza tras cerveza a Edmund. Lo curioso era que Peter no sentía ni pizca de compasión por Edmund. Se habría pensado que el grupo dejaría a Edmund tranquilo, como poco, o incluso haría un esfuerzo para levantarle la moral (sin copas) cuando saliera del Payne-Whitney, pero ocurrió exactamente lo contrario, observó Peter. Anita Ketchum invitó a Edmund a cenar en su apartamento y también le pidió a Peter que fuese. Anita no alentó a Edmund a beber, pero por voluntad propia él bebió al menos tres cócteles. A Edmund se lo veía decaído, y no se puso de mejor humor cuando Anita empezó a criticar a Magda. Anita dijo con imparcialidad que Edmund se merecía una mujer

mejor, y debería buscarla lo antes posible. Peter estaba de acuerdo. —No parecía hacerte muy feliz, Ed —comentó Peter de hombre a hombre—, y ahora dicen que quiere que te vayas de Nueva York. —Es cierto —dijo Edmund— y no sé en qué otra parte conseguiría un trabajo decente. Conversaron hasta tarde, en el fondo sin llegar a nada. Peter se fue antes que Edmund. Descubrió que la imagen de Edmund lo deprimía: una figura alta, encorvada, con ropa amplia, que miraba el suelo mientras daba vueltas por el salón de Anita con una copa en la mano. Lucienne estaba en su casa leyendo cuando el teléfono sonó a la una de la mañana. Era Edmund, diciéndole que iba a divorciarse de Mag. —Acaba de irse, hace un minuto — dijo Edmund en un tono alegre pero que sonaba un poco ebrio—. Dijo que pasaría la noche en un hotel. Ni siquiera sé dónde. Lucienne se dio cuenta de que quería que lo elogiara, o que lo felicitara. —Bueno, Edmund querido, puede que sea lo mejor. Espero que lleguéis a un arreglo sin problemas. Después de todo, no has estado casado mucho tiempo. —No, creo que hago, quiero decir, que ella hace, lo correcto —dijo Edmund con pesadez. Lucienne le aseguró que ella pensaba lo mismo. Ahora Edmund se dedicaría a buscar un nuevo trabajo. Creía que Mag no pondría dificultades, financieras o de otra índole, en cuanto al divorcio. —Es una mujer joven que valora su privacidad. Es sorprendentemente… independiente, ¿sabes? —hipó Edmund. Lucienne sonrió, pensando que cualquier mujer querría ser independiente de Edmund. —Todos te deseamos suerte, Edmund. Y hazme saber si crees que podemos mover hilos en alguna parte. Charles Forbes y Julian Markus, le dijo más tarde Charles a Lucienne, fueron al apartamento de Edmund una tarde para hablar de negocios, porque a Charles se le había ocurrido que Edmund podía trabajar como contable autónomo y de hecho la editorial donde trabajaba Charles necesitaba a alguien así. Ellos dos no bebieron casi nada, según Charles, pero se quedaron hasta bastante tarde. Edmund estaba con el ánimo por los suelos, y para cuando se hicieron las doce ya había tomado varios dedos de whisky. Aquello fue un jueves por la noche, y, para el martes por la mañana, Edmund estaba muerto. La mujer de la limpieza entró con su llave y lo encontró durmiendo en su cama, según pensó, a las nueve de la mañana. No se dio cuenta hasta las doce y entonces llamó a la policía. La policía no pudo dar con Magda, y el proceso de avisar a alguien se retrasó mucho, de manera que nadie del grupo supo nada antes del miércoles por la noche: Peter Tomlin vio la noticia en el periódico y llamó a Lucienne. —Una combinación de pastillas para dormir y alcohol, pero no hay sospechas de suicidio —dijo Peter. Tampoco Lucienne sospechaba que hubiera sido un suicidio. —Qué final —dijo con un suspiro —. ¿Y ahora qué pasará? No estaba conmovida, sino que pensaba vagamente que los otros miembros del círculo estarían oyendo las noticias o leyéndolas en aquel momento. —Bueno, el funeral es mañana en una funeraria de Long Island, según lo que dice aquí. Peter y Lucienne decidieron ir. Los amigos, Lucienne Gauss, Peter Tomlin, los Markus, los Forbes, Tom Strathmore, Anita Ketchum, acudieron todos; formaban al menos la mitad de la pequeña concurrencia. Quizás unos pocos parientes de Edmund habían venido, pero el grupo no estaba seguro: la familia de Edmund vivía en el área de Chicago, y el grupo no había conocido a ninguno de sus integrantes. Magda estaba presente, vestida de gris con un fino velo negro. Se quedó a un lado, y apenas saludó con un asentimiento de cabeza a Lucienne y a los demás. Fue una ceremonia no confesional; Lucienne no prestó atención y dudó que sus amigos lo hicieran,

salvo para reconocer las palabras como una cantinela vacía y cerrar los oídos. Después Lucienne y Charles dijeron que no se sentían con ánimo de seguir el ataúd hasta la tumba, y tampoco los demás lo hicieron. La boca de Anita parecía de piedra, aunque se había congelado en una leve sonrisa pensativa. Había taxis a la espera, y los coches se acercaron hacia ellos. Tom Strathmore caminaba con la cabeza gacha. Charles Forbes miró el cielo de verano. Charles caminaba entre su mujer, Ellen, y Lucienne, y de repente le dijo a esta: —¿Sabes? Un par de veces llamé a Edmund de madrugada, solo para molestarlo. Lo confieso. Ellen lo sabe. —Ah, ¿sí? —dijo Lucienne con calma. Tom, detrás de ellos, lo había oído. —Yo hice algo peor —dijo con una mueca sonriente—. Le dije a Edmund que podía perder su empleo si invitaba a Magda a ir con él a sus comidas de negocios. Ellen se rio. —Oh, eso no es serio, Tom, eso es… —pero no terminó la frase. «Lo matamos», pensó Lucienne. Todos pensaban lo mismo, y ninguno tenía el valor de decirlo. Cualquiera de ellos hubiera podido decir: «Lo matamos, ¿sabéis?», pero nadie lo hizo. —Lo vamos a echar de menos — dijo Lucienne finalmente, como si de verdad sintiera eso. —Sí —respondió alguien con igual seriedad. Subieron a tres taxis, prometiendo verse pronto